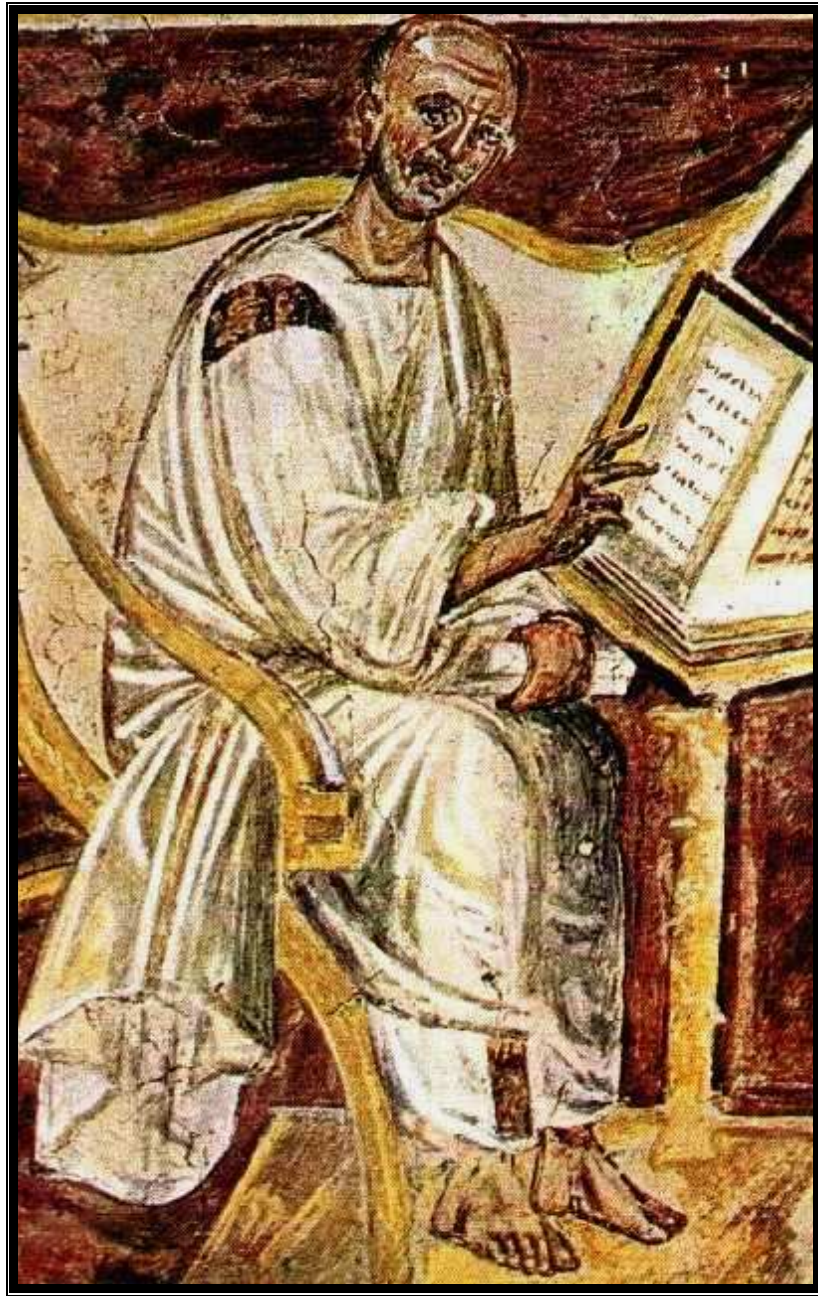


LOS PADRES DE LA IGLESIA



San Agustín de Hipona
Fresco del siglo V. Museo Lateranense de Roma, Italia.

Fascículo XXVIII **San Agustín de Hipona** **(1ª parte)**

Parroquia Inmaculada Concepción
Monte Grande

www.inmaculadamg.org.ar

Su vida

Aurelio Agustín nació el 13 de noviembre de 354 en Tagaste¹, en la provincia romana de Numidia, de un padre pagano, Patricio, quien fue catecúmeno al final de su vida y recibió el bautismo poco antes de morir, y de una mujer fervorosamente cristiana, Mónica, la cual fue un modelo acabado de esposa y madre cristiana. Esta mujer apasionada, venerada como santa, ejerció en su hijo una enorme influencia y le educó en la fe cristiana; sus virtudes ejemplares, su sufrimiento y oración conseguirían, primero, la conversión de su marido, y después, la de sus hijos.

Agustín tenía también un hermano, Navigio, y una hermana, de la que desconocemos su nombre y que, tras quedar viuda, se convirtió en superiora de un monasterio femenino.

Durante su niñez había pedido recibir el Bautismo, una vez que estuvo a punto de morir, pero al superar poco después la enfermedad le disuadieron de no recibir el sacramento a una edad tan temprana, según lo acostumbrado en aquella época.

Desde sus primeros años, la educación materna y la influencia de piadosos maestros le grabaron para toda su vida tres grandes principios cristianos: **1)** La existencia de un Dios-Providencia a quien se puede invocar con confianza; **2)** Cristo, Hijo de Dios y Salvador de los hombres; **3)** La vida futura con el Juicio divino que fija la suerte eterna de cada quien («Confesiones», I, 9; III, 4; VI, 16).

El muchacho, de agudísima inteligencia, recibe en su ciudad natal la primera formación en gramática, aritmética y latín. A la edad de 11 años es enviado a Madaura para continuar sus estudios. Patricio, orgulloso del progreso de su hijo en la escuela, decide enviarlo a Cartago; mas, desgraciadamente, se necesitaban varios meses para reunir los medios necesarios, y Agustín tuvo que pasar en Tagaste el decimosexto año de su vida disfrutando de un ocio que resultó ser fatal para su virtud, pues se entregó al placer con toda la vehemencia de una naturaleza ardiente, cediendo a los primeros embates de las pasiones y distanciándose de la fe.

En el año 370 se traslada a Cartago, capital del África romana, para estudiar retórica, llegando a dominar, además, el latín de manera perfecta, pero no alcanzó el mismo nivel con el idioma griego. Aquí el joven Agustín se dejó llevar por el ambiente disoluto y hasta violento de los estudiantes; pero no fue un libertino y tomó una concubina (algo relativamente respetable en su ambiente), con la cual en el año 372 tuvo un hijo llamado Adeodato, nombre que significa “dado por Dios”. Esta relación perduró aproximadamente hasta el 384.

En búsqueda de la verdad

En Cartago, Agustín leyó por primera vez el «Hortensio», obra de Cicerón que después se perdería y que se enmarca en el inicio de su camino hacia la conversión. El texto ciceroniano despertó en él el amor por la sabiduría, como escribirá siendo ya obispo en las «Confesiones»: *“Aquel libro cambió mis sentimientos”* hasta el punto que *“de repente todas mis vanas esperanzas se envilecieron ante mis ojos y empecé a encenderme en un increíble ardor del corazón por una sabiduría inmortal”* («Confesiones», III, 4, 7).

Pero, dado que estaba convencido de que sin Jesús no puede decirse que se ha encontrado efectivamente la verdad, y teniendo en cuenta que en ese libro apasionante faltaba ese nombre, comenzó a leer la Sagrada Escritura, la Biblia. Quedó decepcionado, no sólo porque el estilo de la traducción al latín de la Sagrada Escritura era deficiente, sino también porque el contenido no le pareció satisfactorio.

En las narraciones de la Escritura sobre guerras y otras vicisitudes humanas no encontraba la altura de la filosofía, ni el esplendor de la búsqueda de la verdad que le es propio. Sin embargo, no quería vivir sin Dios y buscaba una religión que respondiera a su deseo de verdad y también a su deseo de acercarse a Jesús.

De esta manera, cayó en la red de los maniqueos, que se presentaban como cristianos y prometían ser una religión totalmente racional. Afirmaban que el mundo está dividido en dos principios: el bien y el mal. En base a ello, la herejía iniciada por Manes sostenía tres principios dualistas:

- La existencia de dos divinidades, una del bien y otra del mal.

¹ Actualmente la ciudad de Souk-Ahras, en Argelia, al norte de África.

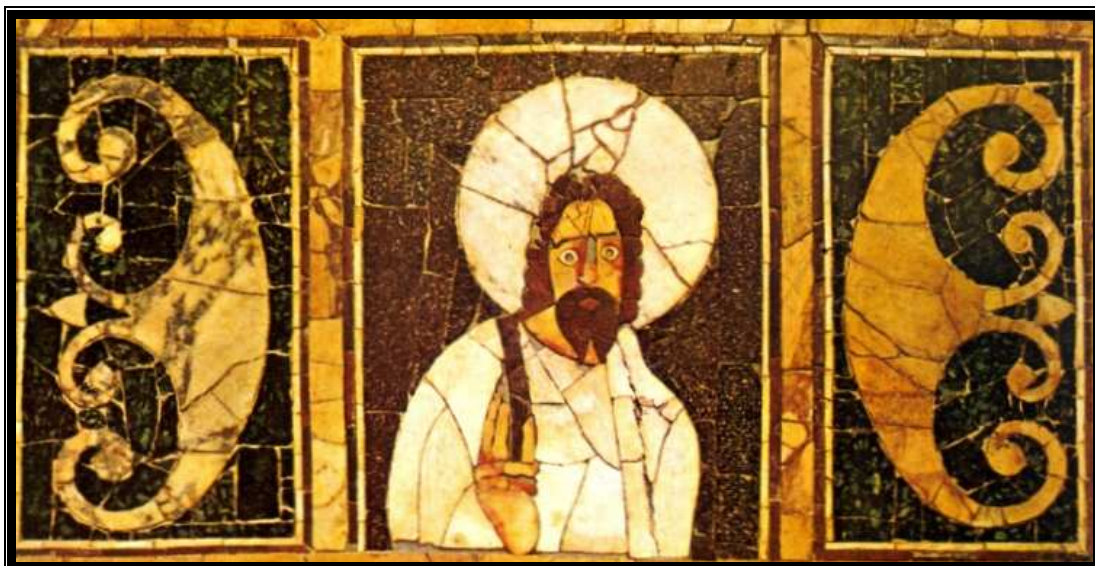
- El hombre posee un principio del bien (el espíritu) y otro del mal (la materia), los cuales se encuentran en continua lucha. Sólo se puede superar el mal con la gnosis, es decir, el conocimiento, el cual poseen unos pocos iniciados; en definitiva, se niega la libertad humana.
- Afirma la necesidad de un ascetismo² riguroso: contra todo lo que tiene que ver con la boca (mentiras y alimentos impuros), la mano (los homicidios) y el seno (los placeres sensuales y el matrimonio). Por otra parte, el maniqueísmo despreciaba toda ley y pretendía actuar por encima del bien y del mal, lo que conducía en ocasiones a una laxitud³ moral completa.

Se hizo, por tanto, maniqueo, convencido en ese momento de que había encontrado la síntesis entre racionalidad, búsqueda de la verdad y amor a Jesucristo. Y sacó una ventaja concreta para su vida: la adhesión a los maniqueos abría fáciles perspectivas de carrera. Adherir a esa religión, que contaba con muchas personalidades influyentes, le permitía seguir la relación con su concubina y continuar su carrera.

Perteneció a esta secta por el término de nueve años en calidad de oyente. Pero san Agustín fue ante todo un buscador apasionado de la verdad y, frente a los engaños de los maniqueos y al descubrir la falsa sabiduría aparentada por el maniqueo Fausto, en el año 383 entra en crisis, cayendo en un agudo escepticismo del cual nada lo podía hacer salir: ni los amores desordenados de la juventud, ni los primeros entusiasmos por la filosofía suscitados de la lectura de Cicerón. Para poder dar un sentido a su vida, no encuentra otro camino que la ambición por su carrera y los honores públicos, ya que su inteligencia aguda y la basta cultura humanista auguraban fáciles éxitos mundanos.

La conversión de Agustín al cristianismo

En busca de un ascenso en su carrera, y contrariando a su madre, se trasladó de Cartago a Roma, sin embargo a falta de cosa mejor, siguió en contacto con la secta maniquea. Luego se dirige a Milán, donde decide asistir a Misa y la predicación del obispo Ambrosio (†397) hace comprender a Agustín el Antiguo Testamento, cuya lengua inferior frente al latín clásico de Cicerón, había suscitado en él un invencible sentido de antipatía. El retórico africano quedó fascinado por la palabra del gran prelado milanés; no sólo por su retórica, sino que el contenido fue tocando cada vez más su corazón. El gran problema del Antiguo Testamento, la falta de belleza retórica, de nivel filosófico, se resolvió con las predicaciones de san Ambrosio, gracias a la interpretación tipológica del Antiguo Testamento: Agustín comprendió que **todo el Antiguo Testamento es un camino hacia Jesucristo**. De este modo, encontró la clave para comprender la belleza, la profundidad, incluso filosófica del Antiguo Testamento y vislumbró toda la unidad del misterio de Cristo en la historia, así como la síntesis entre filosofía, racionalidad y fe en el Logos, en Cristo, Verbo eterno, que se hizo carne.



Busto de Cristo docente en "opus sectile"⁴.
Fines del siglo IV. Ostia, Museo Nacional.

² Doctrina moral que tiene por finalidad la práctica y ejercicio de la perfección espiritual.

³ Falta de severidad y disciplina, relajación en la conducta moral.

⁴ Técnica de arte popularizada en Roma, donde los materiales se cortaban e incrustaban en las paredes y los pisos para hacer una imagen o patrón. Los materiales más comunes utilizados eran el mármol, nácar y vidrio.

Asimismo, logró superar en Milán otra dificultad propia del maniqueísmo, gracias sobre todo al aporte de la filosofía neoplatónica (Potino y Porfirio).

Los maniqueos concebían al mal como una sustancia autónoma, un principio contrario al principio del bien que es Dios, y no como es en realidad, la falta o carencia del bien, que es la única realidad existente.

Agustín continuó la lectura de los escritos de los filósofos con la de la Escritura, y sobre todo de las cartas de san Pablo. La conversión al cristianismo, acaecida el 15 de agosto de 386, se enmarcó por tanto al final de un largo y agitado camino interior. Agustín nos relata el momento en que sucedió este hecho:

“...tirándome debajo de una higuera, no sé cómo, solté la rienda a las lágrimas, brotando dos ríos de mis ojos, sacrificio tuyo aceptable. Y aunque no con estas palabras, pero sí con el mismo sentido, te dije muchas cosas como éstas: ¡Y tú, Señor, hasta cuándo! ¡Hasta cuándo, Señor, has de estar irritado! No quieras más acordarte de nuestras iniquidades antiguas. Sentíame aún cautivo de ellas y lanzaba voces lastimeras: «¿Hasta cuándo, hasta cuándo, ¡mañana! ¡mañana!? ¿Por qué no hoy? ¿Por qué no poner fin a mis torpezas en esta misma hora?». Decía estas cosas y lloraba con amarguísima contrición de mi corazón. Mas he aquí que oigo de la casa vecina una voz, como de niño o niña, que decía cantando y repetía muchas veces: «Toma y lee, toma y lee». (...) Así que, apresurado, volví al lugar donde estaba sentado Alipio y yo había dejado el códice del Apóstol al levantarme de allí. Toméle, pues; abríle y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos, y decía: «No en comilonas y embriagueces, no en lechos y en liviandades, no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne con demasiados deseos» (Romanos 13, 13-14). No quise leer más, ni era necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas.”

El africano se mudó al campo, al norte de Milán, al lago de Como, con su madre, Mónica, su hijo Adeodato, y un pequeño grupo de amigos, para prepararse al bautismo. De este modo, a los 32 años, Agustín fue bautizado por Ambrosio el 24 de abril de 387, durante la Vigilia Pascual en la Catedral de Milán.

Tras el bautismo, Agustín decidió regresar a África con sus amigos, con la idea de llevar vida en común, de carácter monástico, al servicio de Dios. Pero en Ostia⁵, mientras esperaba para embarcarse, su madre, quien tanto influyera con su oración y sufrimiento en la conversión de su hijo, se enfermó improvisamente y poco después murió, destrozando el corazón de Agustín. La fiesta de santa Mónica se celebra el día anterior a la de su hijo, el 27 de agosto.

Consagración

Tras regresar finalmente a su patria, el convertido se estableció en Hipona⁶ para fundar un monasterio. En esa ciudad de la costa africana, a pesar de resistirse a la idea, fue ordenado presbítero en el año 391 y comenzó con algunos compañeros la vida monástica que deseaba, repartiendo su tiempo entre la oración, el estudio y la predicación.

Quería estar sólo al servicio de la verdad, no se sentía llamado a la vida pastoral, pero después comprendió que la llamada de Dios significaba ser pastor entre sus hermanos y así ofrecer el don de la verdad a los demás. En Hipona, cuatro años después, en el año 395, fue consagrado obispo y bajo su orientación la Iglesia africana, derrotada, recobró la iniciativa.

Continuando con la profundización en el estudio de las Escrituras y de los textos de la tradición cristiana, Agustín se convirtió en un obispo ejemplar con un incansable compromiso pastoral: predicaba varias veces a la semana a sus fieles, ayudaba a los pobres y a los huérfanos, atendía a la formación del clero y a la organización de los monasterios femeninos y masculinos. En poco tiempo se convirtió en uno de los exponentes más importantes del cristianismo de esa época, en sus más de 35 años de episcopado, el obispo de Hipona ejerció una amplia influencia en la guía de la Iglesia católica del África romana.

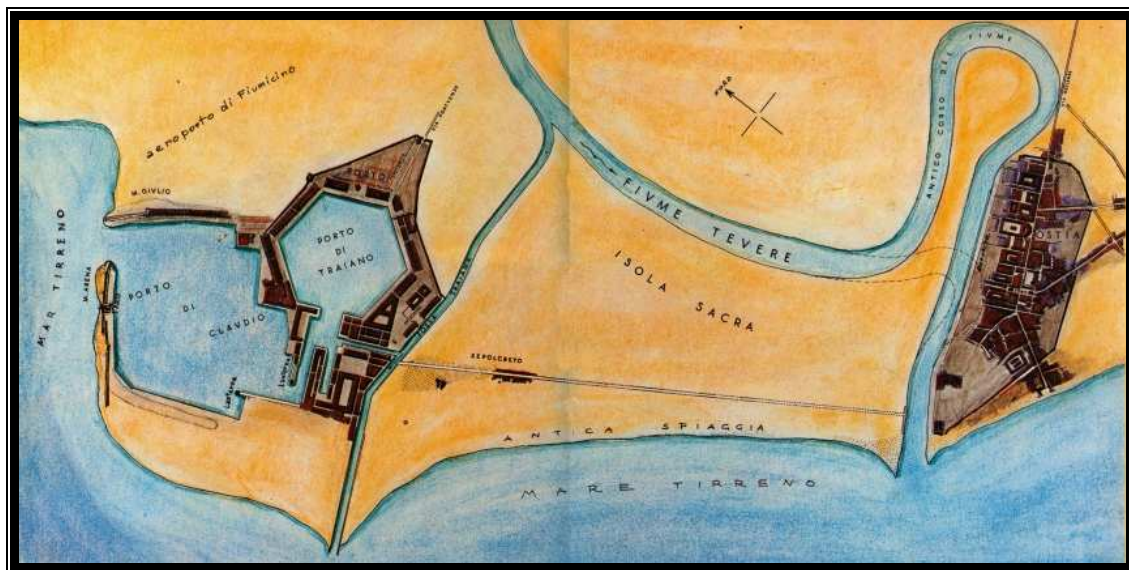
Agustín fue desbaratando y desenmascarando las herejías tenaces y devastadoras⁶ que estaban más difundidas en la época, como el maniqueísmo, el donatismo, y el pelagianismo, las cuales ponían en peligro la fe cristiana en el único Dios, rico en misericordia.

En 426, el santo obispo de Hipona a los setenta y dos años de edad, deseando ahorrar a su ciudad episcopal la agitación de una elección después de su muerte, hizo que tanto el pueblo como el clero proclamaran la elección del diácono Heraclio como auxiliar y sucesor suyo, y le transfirió la

⁵ Ostia Antica fue una ciudad antigua en la costa del Mar Tirreno, que funcionó como puerto de la antigua Roma. Se encontraba situada a 30 kilómetros al oeste de Roma.

⁶ Hippo Regius fue una antigua ciudad de Numidia a la orilla del río Ubus, en el norte de África.

administración de materias externas. La asamblea estalló en un aplauso de aprobación repitiendo 23 veces: “¡Gracias sean dadas a Dios!”. Con otras aclamaciones, los fieles aprobaron, además, lo que después dijo Agustín sobre los propósitos para su futuro: quería dedicar los años que le quedaban a un estudio más intenso de las Sagradas Escrituras (Cf. Carta 213, 6).



Reconstrucción planimétrica de las zonas entre la ciudad de Ostia (izq.) y el puerto de Roma (der.)

Siguieron cuatro años de extraordinaria actividad intelectual: concluyó obras importantes, emprendió otras no menos comprometedoras, mantuvo debates públicos con los herejes —siempre buscaba el diálogo—.

Agustín podría haber disfrutado de algo de descanso (427) si no hubiera sido por la agitación en África debido a la innmerceda desgracia y a la revuelta del conde Bonifacio⁷. Los godos, enviados por la emperatriz Placidia para oponerse a Bonifacio, y los vándalos, a quienes llamó después en su ayuda, eran todos arrianos. Maximino, un obispo arriano, entró en Hipona con las tropas imperiales. El obispo, profundamente apenado por la devastación de África, se afanó por promover la paz en las provincias africanas insidiadas por las tribus bárbaras del sur. En este sentido, escribió al conde Darío, venido a África para superar las diferencias entre el conde Bonifacio y la corte imperial:

“Título de grande de gloria es precisamente el de aplastar la guerra con la palabra, en vez de matar a los hombres con la espada, y buscar o mantener la paz con la paz y no con la guerra. Ciertamente, incluso quienes combaten, si son buenos, buscan sin duda la paz, pero a costa de derramar sangre. Tú, por el contrario, has sido enviado precisamente para impedir que se derrame la sangre” (Carta 229, 2).

Efectivamente la paz volvió a establecerse, pero no con Genserico⁸, el rey vándalo. Vencido Bonifacio, éste buscó refugio en Hipona, donde muchos obispos ya habían huido en busca de protección. Esta ciudad bien fortificada padecería los horrores de dieciocho meses de asedio.

Tres meses después de que los vándalos invasores sitiaron la ciudad de Hipona y tras haber contraído una fiebre mortal, Agustín fallece el 28 de agosto de 430, sin haber cumplido los 76 años y en pleno uso de sus facultades y de su actividad literaria. San Agustín es actualmente uno de los treinta y tres Doctores de la Iglesia.

Agustín se encomendó a Dios cada día, hasta el final de su vida: el obispo, cuenta su amigo Posidio en la «Vita Augustini» solicitó que le transcribieran con letra grande los salmos penitenciales “y pidió que colgaran las hojas contra la pared, de manera que desde la cama en su enfermedad los podía ver y leer, y lloraba sin interrupción lágrimas calientes” («Vita Augustini», 31, 2).

“La medida del amor es el amor sin medida.”

San Agustín

⁷ Bonifacio era general y gobernador romano de la diócesis de África.

⁸ Genserico (hacia 389 - 25 de enero de 477), rey de vándalos y alanos entre 428 y 477. Fue pieza clave en los conflictos ocurridos en el siglo V en el Imperio Romano de Occidente, y durante sus casi cincuenta años de reinado elevó a una tribu germánica relativamente insignificante a la categoría de potencia mediterránea.